

La visibilidad del traductor
o cómo arruinar
una traducción audiovisual

Gabriela L. Scandura

Durante años se sostuvo que el traductor debía ser “invisible”, y que una buena traducción debía sonar natural y no contener errores de sentido para que el lector no se percatase de que en realidad se trataba de una traducción y no de un texto original. Los profesores de traducción enseñamos a nuestros alumnos qué cosas tornan visible al traductor y cómo pueden arruinar el resultado de su tarea. Esta presentación tratará algunos errores que llevan a que el traductor pierda su invisibilidad. Pero también tratará el concepto contrario, el de la visibilidad del traductor. En la actualidad, muchos sostienen que el traductor debe ser visible. Ese concepto, más moderno que el opuesto, controvertido y a veces relacionado con ciertas corrientes relativamente nuevas como la traducción según el género (o *gender translation*), puede convertirse en un arma de doble filo, ya que puede resultar muy positivo (como en el caso de la defensa de los derechos de autor) o sumamente negativo (como sucede con los excesos de notas al pie de página, por ejemplo).

¿Qué es la invisibilidad del traductor?

Según Lawrence Venuti, “un texto traducido, ya sea prosa o poesía, ficción o no ficción, es aceptable para la mayoría de los editores, revisores y lectores cuando suena fluido, cuando la ausencia de cualquier peculiaridad lingüística o estilística lo hace parecer transparente, cuando parece reflejar la personalidad o intención del autor extranjero, o el sentido esencial del texto extranjero... En otras palabras, cuando parece que la traducción no es, de hecho, una traducción sino el ‘original’” [mi traducción].

Para Venuti, una traducción invisible es una traducción adaptada a la cultura meta, naturalizada; sin embargo, él propone estrategias para “extranjerizar” la traducción, lo cual sería lo opuesto de una traducción invisible, o sea que su idea implica, de alguna manera, que lo mejor sería que la traducción fuese visible.

¿Cuándo la traducción o el traductor se torna visible?

Más allá de si estamos de acuerdo con la idea de Venuti o no (confieso que durante un buen tiempo tuve mis reparos respecto de sus ideas), la realidad es que hay casos en los que el traductor se vuelve visible y no debería serlo. Veamos algunos ejemplos.

- Cuando las notas del traductor son excesivas o no tienen sentido. Alguien alguna vez dijo que las notas eran la vergüenza del traductor. Sin necesidad de irnos a los extremos, sí es cierto que hay traductores que abusan de las notas o aclaran cosas que no es necesario aclarar. Hace un tiempo, mi marido (que no es traductor) leía una novela de

Dan Brown, y no dejaba de quejarse de la cantidad de notas que contenía. Es más, a veces el traductor hasta aclaraba cosas que podría haber resuelto de muchas y mejores maneras, o directamente explicaba cosas que no era necesario explicar. Un par de ejemplos:

Never Say Anything. “Nunca dicen nada”, un juego de palabras con el acrónimo de la NSA.

Mis alumnos de tercer año pensaron unas cuantas soluciones para esto sin necesidad de utilizar una nota del traductor.

No Such Agency. Literalmente, “No existe tal agencia”, un juego de palabras con las siglas de la NSA.

Esta aclaración vino después de traducir el texto de la siguiente manera: “No Somos tal Agencia”. ¿Por qué agregar el texto en inglés en una nota? ¿Es necesario extranjerizar la traducción de este modo?

Ciertamente, en el caso de la traducción audiovisual, las notas al pie de página no existen. ¿Cómo hace, entonces, un traductor audiovisual para solucionar los problemas que le surgen? ¿Tiene que hacerlo de otra manera sí o sí! Si todas las notas fueran tan necesarias, los subtítulos, e incluso el doblaje, no podrían existir.

- Cuando faltan conocimientos sobre el tema. Es muy común que surjan errores en textos más complicados, como documentales, cuando el traductor no tiene el conocimiento suficiente sobre el tema. Pero cabe aclarar aquí que en el caso de la traducción audiovisual, el traductor no se especializa en *temas*, como suele ocurrir con otros tipos de traductores, sino que se especializa en la *técnica* de traducción. Esto le obliga a tener que investigar continuamente (o al menos así debería ser, pero no siempre es así). Por otro lado, cuando se trata de series o miniserias, el requisito incluye conocer a fondo el *tema específico*. Por ejemplo, en la miniserie *Taken*, se tradujo “to have a chip on your shoulder” literalmente. Era gracioso, porque en realidad muchos personajes, raptados por extraterrestres, tenían un chip, ¡pero no precisamente en el hombro!
- Cuando falla la interpretación del texto. Un problema relativamente común es que el traductor pierda de vista el análisis del texto que traduce. Para Christiane Nord, un buen análisis del texto fuente es imprescindible para poder “ofrecer una base confiable para cada decisión que debe tomar el traductor en cualquier proceso de traducción en particular” [mi traducción]. Veamos un ejemplo. Paul Reiser dedica su libro *Babyhood* “to Ezra Samuel Reiser, the Boy of my Dreams. And to his beautiful mother, the Woman of those very same dreams.” A continuación, en la página siguiente, agrega: “(What did you think, I’d forget?) And to my parents, with all the love in the world. I think I get it now.” Con poquísimo criterio, *I think I get it now* se convirtió en “Creo que lo conseguí”. ¿Cómo se puede confundir un sentido tan claro? Más adelante veremos una buena razón para que esto haya sucedido.

Las fallas en el análisis de los textos se tornan especialmente molestas para el espectador porque, a diferencia del lector de un libro, no puede retroceder y volver a leer la línea que no entendió. Los textos audiovisuales *deben* ser mucho más claros que los de un libro. Si hay un chiste, no tiene que ser *para pensar*. Tiene que dar resultado *de inmediato*. Si el espectador tiene que pensarlo, se perderá lo que sigue, o el chiste mismo. De la misma manera, es increíble que el traductor audiovisual cometa ciertos errores de interpretación del texto cuando las cosas quedan bien claras. En *Lost*, en el último capítulo de la quinta temporada, un personaje (Locke) está buscando a otro (Jacob), a quien no conoce, y le pide a un tercero, Richard, que sí lo conoce, que lo lleve con él. Después de mucho caminar, Richard señala una estatua egipcia semidestruida y dice:

“Por eso él se va”.

El espectador, obviamente, no entiende nada. ¿De dónde provino esa línea?

“*That’s why he leaves*”.

“*That’s where he lives*”.

De acuerdo, cualquier profesor de fonética *estrangularía* al traductor por confundir los sonidos... O tal vez no. Es obvio que se debe a un error de análisis del texto, ya que estaban buscando a Jacob, y no tenía nada que ver si Jacob se iba o no. De todos modos, más allá de la crítica al sentido común del traductor, existe una explicación científica: el efecto McGurck.

- El efecto McGurck: se trata de un fenómeno de percepción que demuestra cierta interacción entre el oído y la visión en la percepción del habla. Básicamente, si alguien “dobla” con la sílaba /ba/ a una persona cuyos labios dicen /ga/, quien lo vea y escuche oír un /da/, por ejemplo. Esto es muy interesante porque puede ocurrir con oraciones enteras, y además porque podría explicar por qué el traductor de *Lost* entendió *That’s why he leaves*, dependiendo de cuál sea la imagen en ese momento.
- Cuando el traductor equivoca el nivel de lengua utilizado o utiliza colocaciones incorrectas. Una vez, en un curso de subtulado, una alumna insistía en que la palabra “turbina” estaba mal usada y que se debía utilizar el término correcto: “turborreactor”. Aunque tuviera razón y “turbina” estuviera mal usado, ¿convendría distraer al espectador con un “turborreactor” en boca de un médico en la primera escena de *Lost*, cuando el avión acaba de caer?

Otro ejemplo audiovisual. En *Un dios salvaje*, la obra de Yasmina Reza en la que los padres de dos chicos, uno de los cuales le rompió los dientes al otro con un palo, intentan solucionar la situación, comienza de la siguiente manera:

La madre de la víctima está escribiendo una especie de descargo de

los padres del otro chico, que dice algo así como: “El día... estando en la plaza... Fernando, armado con un palo...” El padre de Fernando, que es abogado, le dice: “No me gusta la palabra *armado*”. Con cierta sorna, la madre del desdentado le responde: “¿Qué sugiere? ¿*Dotado, equipado*?”. Y su marido concluye: “No, *equipado* no, es muy fuerte”. Mientras todos reían en el teatro, yo, como buena traductora, me quedé pensando en las veces que una mala colocación en serio arruina una traducción. A veces, incluso, el traductor lo hace con buena intención, pero el efecto que causa es, inexplicablemente, distinto del que esperaba provocar. En otra obra de Yasmina Reza, *El hombre inesperado*, el personaje de Luis Brandoni utiliza la palabra “regla”, ciertamente una palabra que ninguna mujer de hoy en día usaría para ciertas cuestiones femeninas, y sin embargo bastante normal para un hombre de cierta edad. Pero créase o no, dentro del discurso del personaje, bastante “chapado a la antigua”, esa palabra, aunque era antigua, llamaba la atención.

- Cuando se nota la ideología del traductor. El otro día escuchaba al ministro Boudou que decía que no teníamos inflación sino un “reacomodamiento de precios”. Si estuviera haciendo subtítulos en español para personas con problemas de audición y pusiera la frase entre comillas, se transparentaría mi opinión respecto de los dichos de Boudou. Y aquí aparece un tema muy importante, relacionado con las ideologías, que es la *gender translation*, o traducción según el género. Recordemos que las ideologías no son sólo políticas, sino de todas clases. Yo tenía un alumno de traductorado que me dijo el primer día de clases que el idioma inglés era imperialista. Acorde a su ideología, un día, en la clase de Interpretación, puso en boca de Bush las siguientes palabras: “Cuando perdimos la guerra de Vietnam...”. Es obvio que Bush jamás hubiese dicho eso (y además, el texto en inglés era “*When we fought the Vietnam War...*”), pero mi alumno no podía dejar de lado su ideología. Le costó tres años superarla y poder ser lo más objetivo posible. De la misma manera, la *gender translation* también puede convertirse en una interferencia que haga visible al traductor o traductora. Hace poco me tocó traducir varios documentales sobre Mundiales, y tuve que consultar a mi marido respecto de ciertos términos. A mi marido le gusta mucho el fútbol; a mí no, pero aun así lo he acompañado a la cancha un par de veces y miro los partidos de los Mundiales como casi todo el mundo. Sé bastante de terminología *futbolera*, pero igual *necesité ayuda*. De la misma manera, uno de mis alumnos se topó con la palabra “Maidenform” y tuvo que buscar de qué se trataba. Lógico: para sus compañeras mujeres, de no más de 23 años, Maidenform era una marca elegante de mujeres más grandes que ellas, mientras que otras como Caro Cuore eran para chicas jóvenes (¡y delgadas!). Él no tenía idea. Personalmente, creo que la cosa no pasa sólo por el género de la persona, sino por muchos otros aspectos que hacen a la experien-

cia de vida de cada uno. Podría ser que el traductor de *Babyhood* fuera muy joven y no tuviera hijos, y por lo tanto no sintiera empatía respecto de lo que Paul Reiser decía en su libro. ¿Cambiarían las cosas si se tratara de una traductora mujer? Tal vez sí, tal vez no. ¿Cambiaría la traducción de *Mad About You* si el traductor fuera un chico o una chica joven sin compromiso o si fuera una traductora mujer, o incluso un hombre, con algo más de años y algún hijo? (de hecho, Paul Reiser habla sobre los bebés desde el punto de vista del papá, no de la mamá). Es un debate interesante. La edad me parece tan fundamental como el género. Yo sentía total empatía con los personajes de *Friends* cuando comenzó la serie porque tenía la misma edad que ellos y pensaba lo mismo. Ocho años después, la serie me había cansado: yo era ocho años más madura, pero ellos seguían como antes. Había perdido la empatía. Me pregunto si hubiera podido traducir la serie con el mismo fervor con el que lo habría hecho las primeras temporadas.

La visibilidad “buena”

Hasta ahora hemos hablado de la visibilidad como algo malo. Pero existen ciertos casos en los que la visibilidad es buena.

- Una de las empresas que más admiro es Disney. Si alguna vez vieron alguna serie, película o dibujito animado, habrán notado que JAMÁS falta el nombre del traductor y/o adaptador junto con los de los actores de doblaje y otros que producen la versión en español. De la misma manera, los programas de muchas obras de teatro incluyen a los traductores/adaptadores dentro de los créditos principales. Incluso algunos incluyen la trayectoria del traductor, y hasta alguna que otra foto, como las de los protagonistas, el director, etc. ¡Después de todo, ninguna obra de teatro extranjera podría representarse si no fuera por el traductor!
- Esto implica, además, que el traductor de teatro cobra derechos de autor (en Argentores, donde debe registrar su traducción), a diferencia, por ejemplo, de los traductores de libros. Eso sí: un subtítulo en español de una obra representada en inglés no se considera una traducción. (¡!)
- Hace años que el nombre del traductor figura en los libros, pero muchas veces me pregunté si todos los lectores lo leerían. Sin embargo, hace unos años venía charlando con un taxista y me preguntó a qué me dedicaba. Inmediatamente después de que le conté, me dijo: “Ay, ¿conocías a Josefina Tapia? Qué lástima que falleció”. Josefina era una joven traductora del diario *Clarín*, que siempre hacía figurar su nombre. Debo confesar que me sorprendió que el taxista prestara atención al nombre de la traductora. Así que es difícil saber realmente qué tanto nos conoce el público.

Para concluir, me gustaría citar unos principios que enumeró Tomás Eloy Martínez en una de sus clases magistrales, que si bien se refieren a los periodistas, como comunicadores que también somos los traductores, pueden aplicarse perfectamente a nuestra profesión y a nuestra visibilidad:

- El único patrimonio del periodista es su buen nombre. Cada vez que se firma un texto insuficiente o infiel a la propia conciencia, se pierde parte de ese patrimonio, o todo.
- No hay que escribir ni una sola palabra de la que no se esté seguro, ni dar una sola información de la que no se tenga plena certeza.
- Hay que (...) verificar cada dato y establecer con claridad el sentido de cada palabra que se escribe. No siempre, sin embargo, los diccionarios son confiables.
- Recordar siempre que el periodismo es, ante todo, un acto de servicio. El periodismo es ponerse en el lugar del otro, comprender lo otro. Y, a veces, ser otro.

Bibliografía citada:

NORD, CHRISTIANE. *Text Analysis in Translation*, Editions Rodopi B.V., Amsterdam-New York, 2005.

VENUTI, LAWRENCE. *The Translator's Invisibility: A History of Translation*, second edition, Routledge, 2008.